

“País político” y “país real”

CONTRAPONER lo que se denomina “el país político” y “el país real” ha recobrado actualidad. Creo que se trata de una idea fuerza políticamente rentable en el corto plazo, pero llena de peligros para el mediano y largo plazos, sobre todo si ella es mal utilizada.

Parto por coincidir en que, en las décadas previas a 1973, Chile asistió a un creciente distanciamiento entre el “país político” y el “país real”, entendiendo por este último a quienes no incluyen la política entre sus preocupaciones habituales.

Creo que a ese divorcio contribuyeron principalmente dos causas.

Primera, la excesiva ideologización de la vida política, que la alejó cada vez más de las inquietudes del “hombre de trabajo”, símbolo del “país real”.

Segunda, la mezcla de mediocridad intelectual y malos hábitos que prevaleció en nuestro quehacer público, lo que llevó a que la política y los políticos (salvo contadas y honrosas excepciones) fueran mirados con mercedo desdén por el mundo intelectual, científico, profesional, técnico, empresarial o laboral.

La frustrada apertura política 1983-1984 ciertamente no modificó la realidad antedicha. Al volver a predominar los mismos actores y los

mismos vicios de hace más de una década, sin que las circunstancias permitiesen una suficiente renovación generacional que los superara, el “país político” volvió a brindar un deplorable espectáculo.

Todo pareciera hoy tentador, entonces, para que el gobierno pudiera creer oportuno volcar por entero sus afanes hacia el “país real”. Pero es aquí donde estimo útil una luz amarilla de advertencia.

DESDE luego, la política es una tarea consustancial a la vida en sociedad. Jamás ella deja de ejercerse, porque siempre será menester que haya quienes gobiernen y legislen. Y siempre habrá quienes se organicen para procurar que sus ideas o sus intereses legítimos influyan en gobernantes y legisladores.

Ahora bien, lo propio de una sociedad libre consiste en que la política,

entendida como la conducción del Estado, no invada ni absorba todo el quehacer nacional.

El estímulo a la iniciativa individual, el respeto a la autonomía de los cuerpos sociales intermedios y el concepto del Estado subsidiario, se perfilan así como los fundamentos doctrinales que explican ese fenómeno tan real, práctico y sano que es el apoliticismo ciudadano mayoritario. Pero la paradoja reside en que para hacerlo posible, debe haber quienes se dediquen a la actividad pública desde la perspectiva y los valores de la libertad.



En efecto, los adherentes del estatismo —y más aún de los totalitarismos— siempre experimentarán atractivo por el quehacer político, al postular al Estado como el actor predominante —y aun absorbente— del acontecer social. La política es para ellos la dimensión humana más valorada, cuando no la única relevante.

Por eso, quienes postulamos una sociedad libre requerimos despertar, formar y cohesionar voluntades que configuren una dirigencia política capaz de impedir el predominio de estatistas y totalitarios, defendiendo eficazmente un marco social y jurídico respetuoso de la libertad integral de las personas.

PARA que la mayoría pueda dedicarse fecundamente a sus afanes privados, resulta indispensable que algunos se lo garanticen con una actividad política seria, organizada y con sentido de libertad. Para que el “país real” pueda desenvolverse adecuadamente, ha de existir y fomentarse un “país político” idóneo que se lo permita.

Claro que lo esencial al efecto estriba en que este último refleje un auténtico espíritu de servicio público y un sello realista, eficiente y moderno, que sintonice con el “hombre de trabajo”. Es decir, que la política y los políticos chilenos se renueven profundamente. He ahí, quizás, el imperativo más urgente en la etapa de avance hacia la democracia que habremos de intensificar en los próximos años.

“Para que la mayoría pueda dedicarse fecundamente a sus afanes privados, es indispensable que algunos se lo garanticen con una actividad política organizada y libertaria”...
